9315

Quien siente

Amado

6

QUIEN SIEMBRA RECOGE. (Escena última.)

QUIEN SIEMBRA RECOGE,

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. SANTIAGO OLMEDO Y ESTRADA.

FRANCISCO PEREZ
COMPRA Y VENTA DE LIBROS,
TEXTOS, COMEDIAS, MÚSICA
Jacometrezo, 63
MADRID

MADRID:
IMPRENTA DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS,
Á CARGO DE D. A. AVRIAL, S. BERNARDO, 92.
1888.

Esta comedia es propiedad de D. Eugenio Sobrino, quién se reserva los derechos de impresión y representación. Queda hecho el depósito que previene la ley.

Personajes.

Clara, catorce años.
Gustavo, diez y seis años.
D. Serapio, padre de Clara y Gustavo.
Serafina, criada.

Un mozo de cordel.
Un alcalde de barrio.
Dos agentes de policía que no hablan.

La acción en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante.

ESCENA I.

CLARA y GUSTAVO.

GUST. Piensa mal y acertarás.
CLARA. El pensar bien no es pecado.
GUST. Pero sí una tontería
que acarrea un desengaño.
CLARA. ¡Qué terco!
GUST. Y tú, ¡qué simplota!
CLARA. Lo prefiero.
GUST. Hablemos claro;
¿por qué muestras ese empeño
en convencerme?...
CLARA. Gustavo,
hace tiempo que á papá
le tienes muy disgustado,
y con razón, pues te haces
á todo el mundo antipático
con tu carácter hurón
y tu proceder extraño.
No te distraen los paseos;
no te divierte el teatro;
te aburre quedarte en casa,
no quieres con nadie trato;
los amigos te encocoran,
y te produce cansancio

lo que á otros muchos, agrada
y están siempre deseando.
Para ti nada es verdad
y todos los hombres falsos;
yo necia, tonta y simplota
y nuestro padre un tirano.
Si de alguno te hablan bien
piensas que es interesado
el elogio; si te hablan mal
lo crees como un oráculo...
¿Qué quieres que yo te diga?
que eso es malo, pero malo.

GUST. No me has convencido, Clara.

CLARA. Porque no quieres, Gustavo.
Oye un ejemplo que yo
hace poco he presenciado.
Estaba un día al balcón,
cruzó la calle un anciano
muy pobremente vestido,
y el semblante demacrado...
Lo que sentí no me explico,
de la miseria el retrato
llevaba en el rostro impreso...
yo de compasión y espanto
el alma llena, cerré
los ojos triste y temblando.
Llegó á la acera el mendigo,
miró y levantó la mano
diciendo con débil voz
que temblorosa hacia el llanto:
—«Señorita, una limosna
á este pobrecito anciano.»—
Y yo se la dí, y entréme
para rezar en mi cuarto. (Muy emocionada.)

GUST. Con seguridad sería
el tal mendigo un borracho.

CLARA. (Con doloroso reproche.)
Así dijeron algunos
que por la calle pasaron,
y que como tú, también
piensan siempre lo más malo.
Pues bien; hace cuatro días,
con papá bajaba al Prado;
y allí, junto á la Cibeles
se iba la gente parando.
Al pasar vimos ¡Diós mío!
en todos los ojos llanto,
tristeza en todas las caras,
y ayes en todos los lábios.
—¿Qué ocurre aquí?—preguntó
nuestro buen padre admirado.
—Un mendigo que se ha muerto,
¡Pobre!—contestó llorando
una mujer con un niño
de poca edad, en los brazos.
—¿Cómo ha sido?—No sabemos.
—Ahora le está examinando,
un médico.—¡Llega tarde!
—¡Pobre viejo!—¡Desgraciado!
—¿Pero qué dice el doctor?
—¿Le atropelló algún caballo?
—¿Fué accidente?—No señor,
fué el hambre quien le ha matado.
Me acerco, miro al cadáver...
¿Sabes quién era?... El anciano,
á quien, los que piensas mal
le tenían por borracho.

GUST. Tu historia tiene interés,
pero á mí no me ha gustado.

CLARA. (Pausa. Cambiando de tono.)
Hoy quiere papá con lujo
celebrar tus cumpleaños.

GUST. No lo conozco.
CLARA. Hace poco
que un duro en plata te ha dado.
GUST. ¡Valiente cosa!
CLARA. Y te quiere
sorprender con un regalo
GUST. Con alguna baratija
que haya comprado en el *Rastro*.
CLARA. Y el tio Martín te tiene
otro obsequio preparado.
GUST. ¡Qué esplendidez! no lo creo.
CLARA. Pero, querido Gustavo,
¿es posible que te obceques
de ese modo?
GUST. ¿Qué hay de extraño?
Podré no acertar, ¿qué pierdo?
dirán que soy mal pensado,
me quitarán el pellejo,
llamándome estrafalario,
pero no creyendo en nada
no puedo ser engañado.
CLARA. Pena me da el escucharte.
GUST. Pues no puedo ser más franco.
CLARA. Juzgué darte una alegría,
y me has dado un desengaño.
GUST. Si pensaras como yo...
CLARA. ¿Como tú? nunca, Gustavo. (Váse.)

ESCENA II.

GUSTAVO.

¡Qué necedad! ¿Por ventura
soy todavía un muchacho
de la escuela, que es preciso
conducirle de la mano?

No señor, ya soy un hombre
en el mundo aleccionado.
Las aulas enseñan mucho,
y aunque pocos son mis años,
sé tanto como el más viejo,
por no decir, que el más sabio.
Mi primo Juan, que es un tonto;
mi amigo Andrés que es un sándio,
González, Félix, García,
Luis, Antonio y Potenciano
que perjuran que me quieren,
mienten como unos villanos.
Juan viene aquí por recurso;
Andrés por pasar el rato;
Luis por tomar mis apuntes
y aprovechar mis trabajos;
Antonio por enredar...
y todos, vienen por algo.
Mi padre, me quiere mucho;
no lo niego, pero en cuanto
á ese delirio que dicen
de amor paterno, me escamo
que no existe; y de existir,
como delirio, es muy raro.
Clara es sensible, y la engaña
su corazón tierno y cándido;
si por mi se la exigiera
perder un día el teatro,
apuesto que renegaba
de que yo fuera su hermano.
Pues todo en el mundo es
mentira, farsa y engaño,
en mis trece me sostengo,
y á mi opinión aferrado
seguiré: malo es el mundo.
y los hombres, aún más malos. (Váse.)

ESCENA III.

CLARA y D. SERAPIO.

SERAP. ¿Eso dijo?
CLARA. Sí, señor;
SERAP. Su carácter me contrista;
no hay razón...
CLARA. ¡Dios nos asista!
si con ella es aún peor.
Lloré, le rogué y en vano
mi llanto sirvió de poco;
papá, Gustavo está loco
rematado ¡pobre hermano!
Me respondió con desvío
y con desprecio insolente;
es preciso estar demente
para ser así, ¡Dios mío!
SERAP. ¡Pobre niña! Su inocencia
no concibe en su bondad
que pueda haber tal maldad
en una humana conciencia.
Pero no es tarde, por suerte;
me comprometo á curarle
bastándome demostrarle
los peligros que él no advierte.
Sí: de todos desconfía
y aun de mi tiene recelo,
pero por su dicha velo
porque su dicha es la mía.
Ya verás; hoy mismo voy
á someterle á la cura.
CLARA. ¿A una prueba?
SERAP. Pero dura,
que en ese deber estoy.

CLARA. No gastes con él violencia,
es díscolo, pero bueno
en el fondo...

SERAP. Va el veneno
agitando su existencia,
Pero aunque me duela, hoy mismo,
remedio á su mal pondré
y á tu hermano apartaré
de la senda del abismo.
No hay que perder ni un momento,
pues tengo mi plan trazado.

CLARA. ¡Ay! papá, cuánto he llorado.

SERAP. ¡Qué atroz fué mi sufrimiento!
Vente, que en breve la calma
renacerá en este hogar
tu cesarás de llorar
y yo paz daré á mi alma. (Vánse.)

ESCENA IV.

GUSTAVO.

Todo me aburre y fastidia
y hasta el estudio me cansa;
Hoy cumplo años ¡pardiez!
bien empieza la mañana;
ni regalos, ni tarjetas,
tan solo el sermón de Clara
y el duro de mi papá...
para gastármelo en... nada.
¿Qué he de hacer con veinte reales?
como no los gaste en pasas
ó en caramelos, no veo
cosa que tan poco valga.
¿Con qué mi tío Martín

un obsequio me prepara?
una caja de pinturas,
ó estuche de matemáticas,
un manguito de bizcocho,
un ramillete, una tarta,
una friolera que sea
de vista... pero barata.
El glotón de Juan vendrá
de fijo á llenar la panza,
y todos mis amigachos
al olor de lo que caiga.
Estoy por ponerme malo
para meterme en la cama.

ESCENA V.

GUSTAVO y SERAFINA.

SERAF. ¿Señorito?
GUST. ¿Qué me quieres?
SERAF. Se queda usted solo en casa,
es decir, yo también quedo.
GUST. ¡Cómo! ¿Ha salido mi hermana?
SERAF. Sí, señor, con su papá...
GUST. Esto sólo me faltaba.
SERAF. Van de compras, no sé dónde...
GUST. Sin decir adiós se marchan.
SERAF. Con que ya lo sabe usted.
si algo quiere...
GUST. Bien.
SERAF. Me llama.
GUST. Y luégo dirán que soy
desconfiado...
SERAF. ¿Me hablaba?
GUST. Lo hago para mí, curiosa,
puedes irte enhoramala...

SERAF. ¡Jesús, tiene usted unos modos!
¡qué cardo!
GUST. Seré una malva
para que abuses de mí
como de papá y mi hermana.
SERAF. Oíga usted que yo no abuso
ni ofendo con mis palabras:
digo lo que es regular,
y lo que me da la gana.
GUST. Tengo un humor de los diablos.
SERAF. ¿Y á mí qué? pues tiene gracia;
si está usted de mal humor
tírese por la ventana.
GUST. Yo no he querido ofenderte.
SERAF. Eso es otra cosa.
GUST. Anda
que si no he escuchado mal
hace ya rato que llaman.

ESCENA VI.

GUSTAVO, SERAFINA y el RELOJERO.

GUST. Qué insolencia! aquí, está visto,
nadie me tiene respeto
¿quén habrá llamado? ¡Bah!
los muchachos del tercero
esos chicos tan pazguatos
que no levantan del suelo
la mirada, y que no saben
más canción que el Padre Nuestro.
SERAF. (Entrando. El relojero se queda en la puerta del foro.)
De parte de su papá

viene aquí este caballero.

RELOJ. (Adelantando.)
¿El hijo de don Serapio?

GUST. Servidor.

RELOJ. Mucho me alegro...
Traígo muestras de relojes
para que escoja entre ellos
el que más á usted le guste:

(Deja sobre el velador la caja que sacará á escena y abriéndola se la enseñará á Gustavo.)

GUST. ¡Son muy bonitos!

RELOJ. ¡Soberbios!
remontoirs, áncoras rectas,
cilindros...

GUST. Sí ya lo veo...
¿pero quién le manda á usted?

RELOJ. Su papá.

GUST. No lo comprendo.

RELOJ. A pocos pasos de aquí
está el establecimiento...

GUST. No lo dudo...

RELOJ. Entró su padre,
acompañado por cierto
de una bella señorita...

GUST. Mi hermana.

RELOJ. ¿Sí? lo celebro.
—Lleve usted relojes,—dijo,—
á la Plaza del Progreso
número treinta, que sean
todos de oro, pero buenos;
que pregunten por mi hijo
Gustavo, que escoja de ellos
el que más le agrade, aquí
quinientas pesetas dejo
para pagar el importe
del que elija.—Dicho y hecho;

aquí estoy con los relojes,
elija usted.

GUST. Ya lo entiendo...
(Aparte.) ¡Qué milagro! (Alto.) son preciosos
(Examinándolos.)
¿Y andan bien?

RELOJ. En cuanto á eso,
se le garantizan todos.

GUST. Yo los de tapas prefiero.
Este me gusta. (Cogiendo uno.)

RELOJ. Aquí tiene
otro.

GUST. Con este me quedo.

RELOJ. Como le plazca.

GUST. (A Serafina.) ¿Te gusta
Serafina?

SERAF. Ya lo creo.

GUST. (Vá á guardarse el reloj en el bolsillo del chaleco.)
¡Perfectamente!

RELOJ. ¿Qué hace?

GUST. Guardármelo en el chaleco.

RELOJ. Dispense usted: falta ahora
saber si es usted el dueño. (Se lo quita.)

GUST. ¿No lo ha pagado mi padre?

RELOJ. Lo ha pagado un caballero
que se llama don Serapio.

GUST. Bien, es él.

RELOJ. Ya lo veremos.
Dan en el mundo unos micos
y cada petardo ¡cuerno!

GUST. Esta es una casa honrada.

RELOJ. A negarlo no me atrevo,
pero mientras don Serapio
no venga, el reloj no dejo,
¿Quién me responde que usted
sea el hijo?

GUST. Yo no miento.
Es esto una burla?
RELOJ. No;
es cuestión de poco tiempo.
Voy á llevar otro encargo
aquí cerca, pronto vuelvo;
entre tanto, don Serapio,
seguramente habrá vuelto.
GUST. ¡Dudar de mi!
RELOJ. No me fío
de nadie; el mundo es perverso
interesado, muy malo,
y sueltan cada *camelo*.
Usted es un jovencito
y no alcanza á comprenderlo.
GUST. Pregunte usted á la criada.
RELOJ. ¿Las criadas? Está bueno
el testimonio; me marcho.
GUST. Pero oíga usted...
RELOJ. (Marchándose con los relojes.)
¡Hasta luégo!

ESCENA VII.

DICHOS menos el RELOJERO.

GUST. Se ha marchado sin oirme...
SERAF. Hizo bien.
GUST. ¿Qué estás diciendo?
Dudar de mí, suponer
que puedo ser un ratero,
no respetar esta casa,
eso no es comportamiento.
SERAF. Qué quiere usted que le diga,
yo lo mismo hubiera hecho.

GUST. ¡Qué absurdo!
SERAF. Si lo será,
pero ver para creerlo,
como decía ese santo
cuyo nombre no recuerdo.
Hay cada tuno en el mundo...
á mí me faltó un sargento,
primo de una cocinera
y cuñado del cochero
de unos señores muy ricos,
de quienes eran porteros
unos amigos del padre
del sacristán de mi pueblo,
y me faltó á la palabra
que me dió de casamiento
sin respetar á la amiga
del cuñado del cochero.
Si no debe una fiarse
de las personas...
GUST. Silencio,
déjame en paz con tu charla.
SERAF. Hoy usted sin ir más lejos
lo que yo, á la señorita
no há mucho estuvo diciendo.
GUST. ¿Quién te lo dijo?
SERAF. A mi, nadie,
como por fortuna tengo
dos orejas expeditas...
GUST. ¿Escuchaste?
SERAF. Estuve oyendo
todo.
GUST. Pues es una falta
de educación...
SERAF. Por supuesto.
GUST. Vé á abrir, que otra vez llaman.
SERAF. Y traen prisa... Voy corriendo.

ESCENA VIII.

GUSTAVO, luégo SERAFINA y MOZO DE CUERDA.

GUST. Nunca pasé más bochorno
ni vergüenza, lo confieso.
Me ha ofendido que se dude
de mi palabra.

MOZO. (Dentro.) Non quieru;
que en propia manu entrejase
este bultu me dijeron,
y como non vea la manu
la digu que no le entreju.
(Entrando con una banasta en la cabeza, que deja á sus piés después de adelantar hasta donde se halla. Gustavo.)
¿El señor Serapio Gómez?

GUST. Soy su hijo.

MOZO. ¿El hiju? Buenu;
como si non fuera naide
para el casu me es lo mesmu.

GUST. ¿Pero qué trae?

MOZO. Unas friuleras
para non sé qué muñecu...
jolusinas, cachivaches
y multitud de embelecus.

GUST. ¿Quién le manda?

MOZO. Don Martín.

GUST. Pues para aquí es todo eso.

MOZO. Pus que venga don Serapiu
para entrejárselu á él mesmu.

GUST. Da lo mismo, yo le pago
su viaje...

MOZO. Ya lo ha hecho
don Martín.
GUST. Pero ¿á qué espera?
MOZO. A entrejárselu á su dueñu.
GUST. Soy su hijo...
MOZO. Bien ¿y qué?
GUST. ¿Duda?
MOZO. Estoy en mi derechu.
GUST. (Impaciente.) No señor.
MOZO. ¿Como que non?
pues si es usted el hiju pruébelo.
¿Es usted Serapiu Gómez?
GUST. No lo soy...
MOZO. Tampoco creu
salvando las diferiencias
de edad, de estadu y de sesu
que lo sea esta muroña...
SERAF. ¿Pero que está usted diciendo?
MOZO. Diju que yo non me marcho
si á don Serapiu non veu.
(Se sienta encima de la banasta.)
SERAF. (Aparte.) Gaznápiro.
GUST. (Aparte.) Otro igual
al imbécil relojero.
SERAF. Llaman.
GUST. Ese debe ser
mi padre; gracias al cielo
que acabarán de una vez
las dudas y los mareos.
(Vuelve á sonar más fuerte la campanilla.)
SERAF. ¡Qué campanilla! ¡Ya voy!
(Saliendo.) Pues señor, vaya un infierno
de casa. ¡Jesús, qué día!
GUST. (Aparte.) Ya la calma voy perdiendo.
MOZO. ¿Hace mucho que salió
don Serapio, rapazuelo?

GUST. Debiera usted de tratarme
con algo más de respeto.
Soy un joven.
MOZO. Desabridu.
GUST. ¿Y usted?
MOZO. Un hunrado vieju
y el respetu á los mayores
debe guardarse primeru.

ESCENA IX.

DICHOS, EL ALCALDE DE BARRIO Y DOS AGENTES DE LA POLICÍA.

ALC. ¿Es este el cuarto segundo?
SERAF. Me parece.
ALC. Los porteros
me han dicho que en este cuarto
habita un joven de genio
adusto, díscolo, bárbaro
y casi casi perverso,
que habla mal de todo el mundo,
que usa un lenguaje altanero
y en la vecindad no hay nadie
que le mire con aprecio.
(Encarándose con Gustavo.)
¿Es usted acaso?
GUST. ¿Yo bárbaro?
ALC. ¿Responda usted?
GUST. ¿Yo perverso?
ALC. ¿Se llama Gustavo?
GUST. Sí.
ALC. Gustavo ¿eh? Más no hablemos.

Soy el alcalde de barrio,
y queda desde ahora preso.

GUST. ¿Preso yo; por qué razón?

ALC. Ya, después se lo diremos.
(A los agentes.)
Cojánle, que no se escape.

GUST. (Rechaza á los agentes, quienes á una señal del alcalde se detienen.)
Pero, Dios mío, ¿qué es esto?
¡Padre del alma!

ALC. Por él
le aseguro que lo siento,
que es una persona honrada
y un cumplido caballero.

GUST. Yo también soy incapaz
de nada malo...

MOZO. (Aparte.) San Pedru
que bien hice en no fiarme...
tiene atravesadu el gestu.

GUST. Jamás hice daño á nadie.

ALC. Eso luégo lo veremos.

GUST. ¿Pero quiere usted decirme
el delito que yo he hecho?

ALC. Arrojar desde el balcón
sobre una mujer un tiesto
y herirla muy gravemente.

GUST. (Con indignación.) ¡Mentira!

ALC. (Con furia.) ¿Cómo?

GUST. (Reprimiéndose.) No es cierto. (En este momento D. Serapio y Clara se presentan en la puerta del foro de modo que el público los vea, y despues de hacer una seña á Serafina se retiran.)

ALC. Que de esta casa cayó
no hay duda, todos lo vieron,
—Gustavo debe haber sido
aseguraban á un tiempo

el de la tienda de seda
el pintor y el carnicero.
—Sí, señor, él habrá sido
es un chico muy travieso,—
me confirmó la señora
que habita en el entresuelo.
—Aunque yo no he visto nada,
señor alcalde, lo creo;—
me repitió una mujer;
—no deja en paz á mis perros:
rompió un farol no hace mucho.
—Y le quitó los buñuelos
á la pobre Gumersinda;
—Y á mí me apedrea el puesto:
—Nunca dá los buenos días.
—No es capaz de nada bueno.
—No se parece á su padre,
ni á su hermana...

GUST. Caballero,
nadie dijo la verdad.

ALC. Pues yo estos informes tengo.

GUST. Me calumnian, me calumnian,
Le juro á usted que no miento,
seré díscolo y adusto,
y tal vez sea un grosero,
pero jamás hice mal
de obra, ni de pensamiento.
Se lo juro, por mi madre
del alma, que está en el cielo.

ALC. (A la criada.) ¿Responde usted de este joven?

SERAF. ¿Yo? la verdad no me atrevo
no vi nada, más quien sabe
si habrá ó no tirado el tiesto.

ALC. (Al mozo.) Y usted buen hombre ¿qué dice?

MOZO. Yo tengo el alma en el cuellu
y el corazón en la boca,

y estoy, señor, que revientu;
me da pena este rapaz,
peru, callu como un muertu.

ALÇ. A la prevención con él. (A los agentes.)

GUST. ¡Padre,—padre de mi vida!
Yo soy inocente. (Los agentes le cojen de los brazos para sacarlo y en este momento aparecen don Serapio y Clara.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, CLARA y don SERAPIO.

SERAP. (Desde la puerta.) ¿Qué es esto?

CLARA. (Corriendo á abrazar á Gustavo.)
Hermano del alma mía.

ALC. (A don Serapio.)
Don Serapio, estoy cumpliendo
con mi deber.

SERAP. Me he enterado
de todo por los porteros;
y respondo de mi hijo
que es honrado y no es perverso.

ALC. Tal respeto me merece
tal fé en su palabra tengo,
que sin otra prueba ahora
libre á su hijo le entrego.

GUST. ¡Padre mío!

SERAP. (Abrazándole.) Hijo del alma.

CLARA. Toma. (Dándole un reloj.)

GUST. ¡E! reloj!

SERAP. Un recuerdo,
para que no desconfíes
de nadie. Sirva de ejemplo

porque lo que que ha sido farsa
te puede pasar en serio.

GUST. Perdón padre mío; ahora
de mí propio me avergüenzo.

CLARA. Mira. *Quién siembra recoge.*

SERAP. Dice bien.

MOZO. Está en lo ciertu.

TELÓN RAPIDO.